

## LOS MUERTOS SIEMPRE CALLAN (1897)

No pudo permanecer mucho más tiempo sentado en el coche. Salió de él y caminó de arriba abajo. Ya había oscurecido. Las luces de los faroles que había en aquella tranquila calle a las afueras se agitaban zarandeadas por el viento. Había parado de llover. Las aceras estaban casi secas, pero la calzada sin asfaltar estaba todavía húmeda y en algunos sitios se habían formado charcos.

«Es curioso», pensó Franz, «cómo aquí, a no más de cien pasos de la calle Prater<sup>1</sup>, uno podría sentirse transportado a cualquier pequeña ciudad de Hungría. Aquí al menos uno puede estar seguro. Algo es algo. Aquí ella no encontrará a ninguno de esos conocidos a los que tanto teme».

Miró el reloj... las siete y ya es noche cerrada. Esta vez el otoño ha llegado antes. Y también el dichoso mal tiempo.

Se alzó el cuello y empezó a caminar más deprisa de arriba abajo. Las ventanillas de los faroles tintineaban. «Esperemos todavía media hora», dijo para sí, «si no ha venido entonces, me iré... Vaya, casi me gustaría que llegase el momento de poder marcharme». Se puso en la esquina. Allí tenía un mejor ángulo para mirar hacia las dos calles por las que ella podía venir.

«Sí, hoy vendrá seguro», pensó mientras se sostenía el sombrero, que amenazaba con volarse. Viernes. Sesión de departamento de catedráticos. Hoy puede arriesgarse a salir y podrá estar más tiempo fuera de casa. Oyó el cascabeleo de un tranvía de caballos. Acto seguido empezaron a tocar las campanas de la cercana iglesia de Nepomuk. La calle cobraba vida por momentos. Por delante de él

---

<sup>1</sup> La calle Prater está en el distrito 2 (Leopoldstadt) de Viena, cerca del parque Prater.

comenzaron a pasar cada vez más personas. La mayoría, eso al menos le parecía a él, eran clientes de las tiendas que había alrededor y que acababan de cerrar a las siete. Todo el mundo andaba rápido batiéndose contra el mal tiempo, que hacía muy difícil el caminar. Nadie reparaba en él. Solo dos jóvenes dependientas miraron hacia donde estaba con una ligera curiosidad. Al instante vio cómo se acercaba una conocida silueta. Se dispuso a salirle presto al encuentro. «¿No viene en coche?», pensó, «¿acaso no es ella?»

Era ella. Cuando lo reconoció, aceleró el paso.

—¿Vienes andando? —preguntó él.

—Me he bajado al lado del teatro Karl. Creo que ya he montado con ese cochero alguna vez.

Un hombre pasó por delante de ellos y observó a la mujer de soslayo. El joven clavó su mirada sobre él con ojos casi amenazantes. El hombre aligeró el paso. La mujer lo vio alejarse.

—¿Quién era? —preguntó inquieta.

—No lo conozco. Aquí no hay nadie que conozcamos, estate tranquila. Pero, ¿a qué esperamos? Vamos a subir.

—¿Es este tu coche?

—Sí.

—¿Abierto?

—Hace una hora hacía muy buen tiempo.

Se dirigieron hacia el coche. La joven montó primero.

—¡Cochero! —gritó el joven.

—¿Dónde está? —preguntó la mujer.

Franz miró a su alrededor.

—No me lo puedo creer —exclamó—. No hay quién encuentre a este tipo.

—Por el amor de Dios —exclamó ella entre dientes.

—Aguarda un instante, preciosa. Seguro que está por aquí.

El joven abrió la puerta de una pequeña taberna. En una mesa con algunas personas más estaba sentado el cochero, que en ese momento se levantó inmediatamente.

—Enseguida voy, señor.

Y apuró sin volver a sentarse su vaso de vino.

—¿Cómo se le ocurre?

—Disculpe usted, señor. Ya mismo estoy allí.

Y se dirigió con un ligero balanceo hacía donde estaban los caballos.

—¿Adónde van ustedes, señores?

—Al Prater. Al Lusthaus<sup>2</sup>.

El joven subió al coche. La joven mujer se había tendido para ocultarse, casi acurrucada en una esquina bajo la capota desplegada.

Franz le cogió ambas manos. Ella permaneció inmutable.

—¿No me vas a decir ni buenas noches?

—Por favor te pido, déjame un instante. Tengo que recuperar el aliento todavía.

El joven se apoyó en una esquina. Ambos permanecieron un rato en silencio. El coche había entrado en la calle Prater y pasó de largo por el monumento de Tegetthoff<sup>3</sup> y, poco después, ya iban a toda velocidad por la ancha y oscura avenida Prater. Emma abrazó repentinamente a su amante. Él le retiró hacia atrás el velo que lo separaba de sus labios y la besó.

—Por fin estoy contigo —dijo ella.

—¿Sabes cuánto hacía que no nos veíamos? —exclamó él.

—Desde el domingo.

—Sí, y en esa ocasión fue de lejos.

—¿Por qué dices eso? Sí que estuviste con nosotros.

—Bueno, con vosotros... Esto no puede continuar así. No volveré a ir a vuestra casa. Pero, ¿qué es lo que te ocurre ahora?

—Acaba de pasar un coche a nuestro lado.

—Querida, a la gente que hoy ha cogido el coche para dar un paseo por el Prater le traemos completamente sin cuidado.

—Sí, seguro que es como dices. Pero alguien podría echar en algún momento una mirada aquí dentro.

—Pero es imposible que alguien te reconozca.

—Te ruego que vayamos a otro sitio.

<sup>2</sup> Palacete situado al sur del parque Prater, al final de la avenida principal, y que servía en el siglo XIX de punto de reunión de la nobleza y la burguesía vienesa.

<sup>3</sup> Monumento situado en el centro de la actual Viena y que conmemora la figura de Wilhelm von Tegetthoff, un almirante de la marina del Imperio austriaco.

—Como quieras.

Llamó al cochero que, sin embargo, pareció no oírle. Entonces extendió su cuerpo hasta tocarlo con la mano. El cochero se giró.

—Tiene que dar la vuelta... Pero, ¿a qué demonios viene hostigar con tanta fiera a los caballos? No tenemos prisa. ¿Me oye? Vamos mejor a la avenida esa..., ya sabe la que digo, a esa que va a dar al Reichsbrücke<sup>4</sup>.

—¿Por las carreteras comarcales?

—Sí. Y no corra tanto, que no hay razón para hacerlo.

—Claro, señor. Lo siento. Es el mal tiempo que hace que se me desboquen los caballos.

—Ya, comprendo. El mal tiempo.

Franz volvió a sentarse.

El cochero hizo girar a los caballos. Y empezaron a recorrer la calle en sentido contrario.

—¿Por qué no te vi ayer? —preguntó ella.

—¿Cómo hubiéramos podido vernos?

—Pensaba que tú también estabas invitado a casa de mi hermana.

—Ah, sí.

—¿Por qué no fuiste?

—Porque no puedo soportar estar contigo en presencia de otra gente. No, nunca más.

Ella se encogió de hombros.

—¿Dónde estamos ahora? —preguntó ella entonces.

Pasaban en ese momento bajo el puente del ferrocarril y estaban entrando en la carretera comarcal.

—Por allí se va al gran Danubio —dijo Franz—. Estamos de camino al Reichsbrücke. Aquí ya no hay gente que nos conozca —añadió burlonamente.

—¿Por qué da tantos vaivenes este coche?

—Eso es lo que te parece a ti.

Pero él mismo tenía la impresión de que el coche los sacudía de

---

<sup>4</sup> Es uno de los puentes sobre el Danubio más famosos de Viena. Conecta Leopoldstadt y Donaustadt atravesando el islote y el brazo del río conocido como Nuevo Danubio. Ha sufrido dos grandes remodelaciones a lo largo de su historia, la segunda de ellas a consecuencia de su derrumbe en 1976.

un lado para otro con más fuerza de lo normal. Con todo, no quiso decir nada para no alarmarla más todavía.

—Hoy tengo que hablar contigo de muchas cosas muy serias, Emma.

—Pues empieza cuanto antes porque a las nueve tengo que estar en casa.

—Podemos finiquitarlo todo en dos palabras.

—¡Por el amor de Dios! ¿Qué es lo que está pasando aquí...?  
—gritó ella.

Una de las ruedas había quedado encajada en el carril del tranvía de caballos y, cuando el cochero intentó sacarla, el coche dio un bandazo que casi acaba con ellos por los suelos. Franz agarró al cochero por el abrigo.

—¡Pare inmediatamente! —le gritó—. ¡Está usted borracho!

El cochero detuvo a los caballos no sin esfuerzo.

—Pero señor...

—Vamos, Emma. Nos bajamos aquí.

—¿Dónde estamos?

—Ya estamos en el parque. El tiempo ya no es tan desapacible. Andaremos un rato. Cuando uno viaja en coche no puede hablar como Dios manda.

Emma se bajó el velo y lo siguió.

—¿Dices que no es tan desapacible?! —exclamó después de que una ráfaga de viento la golpeará nada más bajar del coche.

Franz la cogió del brazo.

—Continúe —le gritó entonces al cochero.

Ellos siguieron a pie. Durante el tiempo que en el que ascendieron el puente no intercambiaron ni una palabra y después permanecieron un rato parados oyendo el murmullo del agua bajo sus pies. A su alrededor reinaba la más profunda oscuridad. La ancha corriente se extendía gris y sin límites precisos. A lo lejos vieron luces rojas que parecían levitar sobre las aguas y que se reflejaban en ellas. Desde la orilla que acababan de dejar atrás unas franjas de luz se hundían en el agua temblorosa. Más allá era como si la corriente se perdiera entre las lóbregas riberas. En ese instante sonó un trueno lejano que parecía querer acercarse. Involuntariamente los dos miraron hacia

donde se hallaban las tenues luces rojas. Los trenes, con sus fulgurantes ventanas, pasaban velozmente entre arcos de hierro que parecían emerger espontáneamente de la noche para luego volver a hundirse en ella. El trueno se disipó poco a poco y de nuevo se hizo el silencio. Solo el viento persistía racheado.

Después de un largo lapso de tiempo sin hablar Franz dijo:

—Vámonos.

—Sí, claro —respondió Emma quedamente.

—¡Vámonos! —dijo Franz ahora con más vehemencia—. Lo que quiero decir es que nos escapemos juntos fuera de aquí.

—Pero eso no puede ser.

—Porque somos unos cobardes, Emma. Es por eso por lo que no puede ser.

—¿Y mi hijo?

—Te dejará que te lo lleves. Estoy seguro.

—¿Y cómo lo hacemos? —preguntó tímidamente...—. Nos marchamos sin más.

—No, de eso nada. No tienes más que decirle sencillamente que no quieres seguir viviendo con él porque amas a otro.

—¿Te has vuelto loco, Franz?

Él intentó mirarla a la cara, pero en la oscuridad no pudo notar que ella ya había levantado la cabeza y se había girado hacia él.

Calló un instante. Luego dijo con aplomo:

—No tengas miedo. Yo lo haré.

Se acercaban a la otra orilla.

—¿No oyes nada? —dijo ella—. ¿Qué es eso?

—Viene de allí enfrente —dijo él.

Poco a poco. Surgió algo de entre las tinieblas. Era una pequeña luz roja que, como oscilando en el vacío, se acercaba hacia ellos. Pronto pudieron ver que procedía de un pequeño farol que colgaba sujeto de una de las varas delanteras de una carreta. Pero no pudieron distinguir si el carro estaba cargado con mercancía o transportaba a personas. Justo detrás venían otros dos carros iguales. En el último pudieron distinguir a un hombre ataviado con ropa de campesino que estaba encendiéndose una pipa. Los carros pasaron de largo. A continuación, volvieron a no oír nada excepto el ya amorti-

guado ruido del último carronato que a pocos pasos de ellos seguía rodando pesadamente por detrás. El puente descendía entonces ligeramente hasta llegar a la otra orilla. Vieron delante de ellos cómo la calle se adentraba ahora entre árboles en la oscuridad. A derecha e izquierda, a cierta altura por debajo, se extendían las riberas en cuyas profundidades abismaron sus ojos.

Después de un largo silencio Franz dijo de repente:

—Entonces no habrá una próxima vez...

—¿Cómo dices? —preguntó Emma con preocupación.

—Será la última vez que estemos juntos. Quédate con él. Adiós.

—¿Hablas en serio?

—Completamente en serio.

—Ves cómo eres tú y no yo el que acaba chafando siempre los pocos minutos que tenemos para vernos.

—Sí, sí, tienes razón —dijo Franz—. Venga, vamos a volver.

Le cogió fuerte del brazo.

—No —dijo ella cariñosamente—. Ahora no quiero. No me dejes así.

Y cogiendo su cara y acercándola hacia sí se puso a besarlo.

—Si continuáramos por aquí —preguntó—, ¿adónde llegaríamos?

—Por aquí, pequeña, se llega a Praga.

—No hace falta ir tan lejos, pero ahora podemos continuar un poco si quieres —dijo ella apuntando a la oscuridad.

—¡Eh, cochero! —dijo Franz elevando la voz.

Pero el cochero no oyó nada.

Franz gritó:

—¡Pare le digo!

El coche continuó andando. Franz salió corriendo detrás y vio que el cochero estaba dormido.

Franz lo despertó gritando a voces.

—Queremos ir un poco más allá, esta calle todo recto. ¿Comprende lo que le digo?

—Está bien, señor...

Emma subió al coche y después de ella lo hizo Franz. El cochero hizo restañar el látigo y los caballos salieron disparado sobre la calle